

Meditaciones teológicas desde el seno de la Trinidad

El propósito de estas “meditaciones teológicas” es contribuir a una síntesis más existencial de la fe cristiana desde su misterio último y recapitulador -la Trinidad-, en la línea de “una teología vivida”, de modo que el dato revelado tal como es presentado en la Sagrada Escritura y la Tradición de la Iglesia se amalgame -en la vida diaria del creyente- con su propia experiencia espiritual.

Tarea no fácil, si consideramos -por una parte- la variedad de aspectos que este objetivo supone y -por otra- la brevedad de esta sencilla obra.

De ahí que lo que el lector encontrará en este librito sean tan sólo pistas para continuar fraguando en su propia oración “adorante” esa síntesis que -en última instancia- es siempre don del Espíritu ofrecido por el Padre en la vida pascual del Hijo.

Para facilitar este trabajo de “introspección reflexivo-contemplativa” añado algunas preguntas al final de cada meditación.

1. Vivir en la Trinidad

*“La gracia del Señor Jesucristo,
el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo
estén con todos ustedes” (2 Co 13,13).*

Durante siglos el misterio de la Trinidad quedó como “exiliado” de la vida de los creyentes. La misma reflexión teológica la relegó al tratado *De Deo Trino* [=Sobre Dios Trino] y así el Dios cristiano dejó de serlo verdaderamente: se transformó en un difuso Dios Uno con bastantes similitudes al del neoplatonismo o al del posterior deísmo moderno, en el cual la imagen del Padre quedaba caricaturizada en la de un anciano de figura hierática; la del Hijo sobredimensionada respecto a las otras personas, reducida a lo humano o por el contrario desencarnada (piénsese en algunas devociones distorsionadas al Corazón de Jesús); y la del Espíritu Santo se convertía en la del “Dios desconocido”, sólo vinculado a la misión del Hijo.

Este exilio de la Trinidad se debió en gran parte al talante teológico de occidente, que a partir de san Agustín -vía *Filioque* y luego incluso santo Tomás- se tendió a acentuar la unidad de Dios sin una suficiente consideración de la trinidad de personas. En todo caso, este tratamiento quedaba como opacado por sutiles disquisiciones metafísicas (por ejemplo, las de Duns Scoto) entretejidas en torno a los clásicos conceptos de esencia y persona, relaciones y procesiones, apropiaciones y misiones.

Este fue un camino diferente al del oriente cristiano (especialmente a partir de los padres capadocios, Juan Damasceno, etc.), en donde la consideración “económica” [=de la historia salvífica] prevaleció por encima de la “teológica” [=especulación creyente específica sobre el misterio de Dios en sí], y donde la consideración de la trinidad relativa de personas se antepuso a la de su unidad absoluta.

¹ Religioso-sacerdote (1994) en el Instituto de los *Sacerdotes del Sagrado Corazón de Jesús de Betharram*. Doctor en Teología, por la Pontificia Universidad Católica Argentina, Facultad de Teología (1998): *Hacia una más plena inculturación de la vida religiosa betharramita en América Latina*.

Fue un camino diferente también al de la mística, que en personas como Gregorio Niceno, Jan Ruysbroeck, Catalina de Siena, Teresa de Ávila, Juan de la Cruz, Juliana de Norwich, Isabel de la Trinidad, Carlos de Foucauld y Adrienne von Speyer -entre otros tantos- no dejó de percibir -en la línea del más puro pensamiento patrístico- la imagen viva de la Trinidad en la existencia creyente, induciendo a transitar nuevos senderos teológicos.

En el siglo XX -en el marco de la profunda renovación por la que atravesó la teología, y que tuvo un momento de convergencia cumbre en el Concilio Vaticano II- la Trinidad -la gran “exiliada”- fue “repatriada”. A esta “repatriación” contribuyeron -indudablemente- K.Barth (en el ámbito protestante) y K. Rahner y H. U. von Balthasar (en el ámbito católico).

De ahí que hoy podamos pensar no sólo en la Trinidad, sino pensarnos a nosotros mismos viviendo en ella y desde ella; con la conciencia de que el Dios cristiano es Trinidad y familia de personas en la que la historia de los hombres y del mundo es incluida por participación. En esa Trinidad “somos, nos movemos y existimos”, ya que libremente Dios ha tenido a bien autocomunicarse: la creación -y particularmente el hombre- es fruto de ese designio de amor; en él se autocomprende y llega a plenitud.

Esta autocomunicación (de gracia en la presente condición de la historia y de gloria en la futura) llegó a plenitud en Cristo por su *encarnación* orientada hacia la *Pascua*. Ésta última (radicalización de la primera) nos permite adentrarnos en la profundidad del misterio de Dios: el Hijo que libremente se entrega al Padre en la cruz (de modo análogo a como lo hace al entrar en el mundo [cf. *Hb* 10,7]), y el Padre que a su vez lo resucita (reconociéndolo como otrora en el Bautismo [cf. *Mc* 1,11] y la Transfiguración [cf. *Mc* 9,7]), revelan en su mutua donación (histórica-metahistórica) la eterna generación del *Logos* (=la *Palabra*) por parte del Dios sin origen (*el Padre*); como así también la espiración del Espíritu (=Don-Amor del Padre y del Hijo) que en la Pascua es participado a los hombres y constituye (y consume) la Iglesia.

De ahí que nuestra vida en Cristo -por su índole pascual- esté signada por la presencia del Espíritu que en el Hijo *nos santifica* (= don personalizado que recibimos del Padre en el Hijo) y simultáneamente *nos permite glorificar* al Padre (=don en el Hijo de nosotros mismos que ofrendamos al Padre), particularmente en la liturgia de la Iglesia-Esposa (cf. *Constitución sobre la “Sagrada Liturgia”*, 7). Aquél que en Cristo y por su Espíritu se nos dona paternalmente está llamado a recibir simultáneamente nuestra filial entrega en ese mismo Amor. En la medida en que vamos interiorizando los “sentimientos de Cristo” (*Fp* 2,5) por obra del Espíritu vamos experimentando cada vez con mayor profundidad -en la oscuridad de la fe o en la luminosidad de la visión- el gozo de sentirnos hijos en el Hijo, de tal modo que nuestra relación con Dios está signada por la inconfundible e inefable cercanía de un *Abbá* de entrañas compasivas que, dándonos a su Hijo por amor, nos convirtió en templos vivos para gloria suya y felicidad nuestra.

De este modo, nuestro “ser en Dios” está llamado a impregnarse de un pleno abandono en Aquél que es Padre “rico en misericordia”, en Aquél que se hizo hombre y es revelador de esa misericordia, y por Aquél que vivifica y consume en el creyente una vida en el Amor.

Para meditar y orar:

- ¿Qué imágenes de Dios acompañan mi relación con Él en la oración?
- ¿Cómo podría “apropiarlas” -siendo comunes al único Dios- a cada una de las personas divinas?
- ¿Qué repercusión existencial tiene esto para mi vida creyente?

2. Vivir en Jesucristo

*“Señor, ¿a quién iremos?
Tú tienes palabras de vida eterna” (Jn 6,68).*

Un día, después de un cierto derrotero por su ministerio público, Jesús preguntó a sus discípulos: “¿Quién dicen ustedes que soy yo?” (*Mt 16,16*). Esta pregunta sobre Jesús es la que la Iglesia ha querido responderse inspirada por el Espíritu Santo y apoyándose en lo que el mismo Señor había dicho de sí a través de palabras y gestos intrínsecamente ligados (*Constitución sobre la “Divina revelación”, 2*).

Pregunta que partiendo de lo humano reflejado por el nazareno termina encontrándose con su misterio divino resplandeciente sobre todo en su condición de resucitado; *respuesta* que siendo clara afirmación de fe en el Hijo de Dios, no podrá desestimar ningún aspecto de lo humano plenamente presente y asumido en el Hijo del hombre, y particularmente patente en el dramatismo de su cruz. *Pregunta y respuesta* cuyo alcance la Iglesia fue comprendiendo de a poco a lo largo del tiempo -incluso a través de concilios entre los cuales sobresalen los ecuménicos de Nicea (325) y Calcedonia (451)-, confrontando su propia experiencia de vida y fe postpascual con la historia concreta de Jesús.

Así fue descubriendo y creyendo, proclamando y testimoniando, que el Hijo de Dios consustancial al Padre según la divinidad es simultáneamente y en una misma persona -una de la Trinidad, junto al Padre y al Espíritu Santo- consustancial al hombre según su naturaleza humana; que aquél que es Luz de Luz y Dios de Dios desde antes de todos los siglos (cf. *Credo niceno-constantinopolitano*) es también el que asume radicalmente el camino del hombre desde su entrada en el mundo (por su encarnación y nacimiento) y el que permanece en actitud de humilde y misericordioso anonadamiento hasta la muerte y muerte en cruz.

El Santo de Dios, el Ungido, el Mesías Rey y Señor es el que no obstante su condición divina (= abiertamente reconocida por el Padre como “filiación” en su bautismo [*Mt 3,17*] y transfiguración [*Mt 17,5*]) vive como cualquiera de nosotros en todo menos en el pecado; nos da a conocer con su predicación (= enseñanzas y parábolas) y gestos salvíficos (=especialmente curaciones y exorcismos) el amor de Dios; y, -desde ese estado de *kenosis* como Salvador absoluto (K. Rahner)-, nos convierte en nuevas criaturas (*Ga 6,15*) de una nueva creación (cf. *Ap 21,1*).

Ese Jesús que un día en la sinagoga de Nazaret había leído el profeta Isaías (“El Espíritu del Señor está sobre mí... Me envió a evangelizar a los pobres, a liberar a los cautivos..., a anunciar un año de gracia del Señor” [*Lc 4,16 ss.*]) y había dicho “hoy se ha cumplido esta Escritura que acaban de oír” (v.21), era consciente de que con él irrumpía el profeta escatológico (= definitivo), y que todo su ministerio constituía un progresivo y definitivo adentramiento de Dios en la historia humana: “Hoy les ha nacido el Salvador” (*Lc 2,11*); “hoy ha llegado la salvación a esta casa” (*Lc 19,9*); “hoy estarás conmigo en el paraíso” (*Lc 23,43*). “Hoy” que la Iglesia continúa celebrando litúrgicamente en cada Eucaristía y buscando actualizar y actuar en su vida cotidiana.

Frente a esta presencia nueva e inédita del “Dios con nosotros” hay que adoptar una postura clara, generosa y vigilante: permaneciendo con las lámparas encendidas (*Mt 25,1 ss.*), manteniéndose atentos cuando no se sabe el día ni la hora de su regreso (*Mt 24,45 ss.*), cultivando la viña con la que él se identifica (*Mt 20,1 ss.*), haciendo producir los propios talentos con audacia (*Mt 25,14 ss.*) y practicando el amor hacia los más pequeños (*Mt 25,31 ss.*). Así la pregunta por la identidad de Jesucristo es simultáneamente la pregunta por el hombre: en el “hoy” de la salvación, “Cristo revela el hombre al hombre” (*GS 22*), uniéndose y haciendo camino misteriosamente con cada representante del género humano, con cada pueblo y cultura.

Esta revelación coincide con la capacidad que el hombre sumergido en Cristo descubre de estar llamado a vivir en ese mismo amor con que Cristo es amado por el Padre y que prolonga y concreta -“hasta el extremo” (*Jn 13,1*)- en cada uno de nosotros en orden a una más plena dignificación del hombre. Amor que vivió incluso “sin brillo” en el anonimato de Nazaret junto a los suyos (cf. *Lc 2,51-52*), y que “hoy” aguarda recibir en los pobres -con los cuales se identifica (cf. *Mt 25,31 ss.*), a los cuales sirvió preferencialmente durante su ministerio público (cf. *Mt 11,4 ss.*) y en los que “hoy” oculta su gloria (cf. *Mt 25,40*).

Hasta su definitiva manifestación al final de los tiempos, Jesucristo camina con los hombres de toda raza, lengua y nación, a veces explícitamente reconocido y testificado (cf. *Lc 24,34*), otras implícitamente presente en sus vidas (cf. *Lc 24,32*), y otras casi absolutamente proscrito en sus estructuras y juicios de pecado e injusticia (cf. *Jn 9,41*).

La misión de la Iglesia es la de promover el encuentro de cada hombre con él para que tenga familiaridad con el misterio de la Redención (cf. *Redentor de los hombres 10*), como lo hizo la madre de Jesús al visitar a Isabel (cf. *Lc 1,39 ss.*) o al pedirle a los sirvientes de las bodas de Caná que hagan lo que él les diga (*Jn 2,5*).

En este encuentro con él para caminar desde él (*Comenzando el nuevo milenio III*) (= desde una configuración propia de discípulo), hacia los hombres y mujeres de nuestro “hoy”, está la vida verdadera. En dejarnos enseñar por este Maestro, servir por este Señor (cf. *Jn 13,13*) y apacentar por este Pastor (cf. *Jn 10,14*), se va anticipando el Reino, cuya causa y advenimiento fue el motivo último de la actividad pastoral de Jesús, y cuya consumación coincidirá con la plena manifestación de los hijos de Dios.

Este reino ya se hace anticipadamente presente en nuestro mundo porque él es su alfa y omega, su principio y fin (cf. *Ap 1,8. 17*). Y porque él vive -como primogénito de la creación y Cabeza del cuerpo (*Col 1,10.18*)- intercediendo en favor de los hombres como Sumo Sacerdote de la nueva y definitiva alianza (cf. *Teología Hebreos*); para que después de peregrinar construyendo la historia, la humanidad purificada y transfigurada pueda entrar -por Cristo y en su Espíritu- en el descanso de Dios que él tiene preparado para aquellos que lo aman en su Hijo amado.

Para meditar y orar:

- ¿Quién es Jesucristo en mi vida?
- ¿Qué significa hoy ser su discípulo y seguirlo?
- ¿Cómo lo descubro presente en la historia de los hombres y mujeres de hoy?

3. Vivir en el Espíritu

*“Como el Padre me envió, también yo los envío (...).
Reciban el Espíritu Santo” (Jn 20,21-22).*

La Iglesia tardó un poco en captar la identidad de la tercer persona de la Trinidad. En *Constantinopla I (381)* definió este tercer modo de subsistencia de Dios como la del “Señor y vivificador”, y afirmó explícitamente su consustancialidad con el Padre y el Hijo. Así quedaba superada una larga tradición previa -ante-nicena- de subordinacionismos en la que la misma divinidad del Espíritu podía quedar negada (pneumatómacos), y también la otra no menos peligrosa que confundía su identidad con la de las otras personas de la Trinidad (modalismo y monarquianismo).

Pero este reconocimiento dogmático poco a poco fue quedando teológica (e incluso existencialmente) olvidado en occidente: en todo caso, la vida en el Espíritu quedó relegada a la liturgia de los monasterios, o a su tratamiento específico en algún manual de gracia o libro de

espiritualidad. Habría que esperar hasta el siglo XX para que la renovación trinitaria motivara un nuevo descubrimiento del “Dios desconocido”.

Cuando miramos los evangelios observamos -especialmente en *Lucas*- que la vida de Jesús estaba animada constantemente por el Espíritu: éste lo gesta en las entrañas de una virgen (cf. 1,35), lo da a conocer a Isabel y a Simeón (1,41; 2,26), lo conduce al desierto (4,1), lo acompaña en su misión (4,14) e impregna la totalidad de su misma persona: “El Espíritu del Señor está sobre mí” (4,18). El mismo Jesús comunicará este Espíritu a sus discípulos (cf. *Jn* 20,21-22) que lo recibirán en Pentecostés (cf. *Hch* 2,4) y animará su misión en la Iglesia primitiva (cf. *Hch* 4,8. 31; 5,32; 6,5; 7,55; 8,15. 17. 19; 9,31; 10,44; 13,2, etc.).

La patrística oriental desplegó ampliamente el discurso pneumatológico y captó rápidamente su alcance en relación a la vida de los creyentes (cabe destacar, a respecto, los escritos de los padres capadocios, sobre todo los de Gregorio Nacianceno y Gregorio Niceno). El Espíritu Santo es el que hace de las personas templos de Dios -como lo recordará en nuestro tiempo, y en relación al discurso trinitario, I. Congar-, y el que diviniza al hombre creado a imagen de Dios. Los místicos experimentaron y dijeron cosas análogas, y expresaron con una rica variedad de imágenes la acción del Espíritu en el alma del creyente (“dulce huésped del alma”, “cauterio suave”). Hoy la renovación carismática ha popularizado -con sus logros y limitaciones- esta experiencia de Dios antes reservada para “fieles selectos” -preferentemente consagrados- que lograban trascender el camino de la mera y árida ascesis.

¿Qué hace el Espíritu en nosotros? Actualiza el don (= autocomunicación) de Dios en nuestra vida creyente: por Él, Dios mismo (gracia increada) se nos comunica en la persona de Jesucristo, haciéndonos vivir la vida de Dios. En este sentido, el Espíritu nos diviniza, y hace que todo lo suyo (que es lo de Dios subsistente también en el Padre y el Hijo) sea nuestro. De un modo particular, nos participa su amor para que amemos con el mismo Corazón de Jesús “a Dios en los hombres y a los hombres en Dios”. Al santificarnos, el Espíritu actualiza nuestra imagen filial y fraterna, haciéndonos templos vivos de Dios para alabanza suya. Nos hace comprender las palabras y gestos de Jesús -que son los que hacen presente el Reino-, recordándonoslos existencialmente (cf. *Jn* 14,26) en nuestro “hoy” salvífico (cf. *Lc* 4,21), haciéndonos sabios con esa sabiduría revelada por el Padre a los pequeños e ingenuos (cf. *Mt* 11,25; *Jn* 16,15), y conduciéndonos por el camino de Dios (=camino teologal en fe, esperanza y caridad) hacia la verdad plena que está en Dios (cf. *Jn* 14,6. 17. 20).

Por eso hay que dejarlo vivir en nosotros (cf. *Ga* 5,18. 25), para que nos haga “existir” en el Hijo que mora en el seno del Padre (cf. *Jn* 1,18. 38; 15,10). También en nuestras relaciones interpersonales (cf. *Jn* 17,23), para que éstas vayan madurando ya desde ahora en la intimidad de Dios, a manera de preludio o incoación escatológica, con los frutos del Espíritu que revelan su presencia: “amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, modestia y dominio de sí” (cf. *Ga* 5,23).

Mirando lo dicho, vemos que la acción del Paráclito dice mucho de futuro y de promesa ya anticipados en nuestra historia presente (*acción prevalentemente descendente*). Simultáneamente (y junto a esto), habla de diálogo y comunión -intra y extra eclesial- (*acción prevalentemente ascendente*), ya que el Espíritu es el actor último de la recapitulación de todas las cosas querida por Dios en Jesucristo, y estas actitudes pastorales tienden de suyo a ese fin último.

Para meditar y orar:

- ¿Cuál es mi experiencia del Espíritu Santo?
- ¿Estoy convencido de que todo verdadero discernimiento debe inspirarse en Él?
- ¿Lo invoco con confianza en mi oración personal y litúrgica?

4. Vivir la Iglesia

“El amor y la vida del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo son el don absolutamente gratuito que se ofrece a cuantos han nacido del agua y del Espíritu (cf. Jn 3,5)” (CL 8).

El desarrollo de la eclesiología es relativamente reciente. No obstante, los aspectos fundamentales de la vivencia eclesial han sido considerados desde antiguo. Los Padres vieron a la Iglesia como Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu. Subrayando sus rasgos de Virgen y Madre, profundizaron otras imágenes bíblicas como la de Esposa del Cordero y Nueva Jerusalén (aspectos escatológicos). Por último, la compararon con una “construcción”, un “redil” o un “campo de labranza” (cf. *Constitución conciliar “Sobre la Iglesia”*, 6).

En este mismo lenguaje puede advertirse también el cuño litúrgico-espiritual de los conceptos, los cuales casi por sí mismos sugieren una espiritualidad eclesial donde la misma referencia, procedencia y orientación trinitaria remite a una comunión en la diversidad de vocaciones, carismas y ministerios.

Vivir la Iglesia es vivir sobre todo la comunión de todos los hombres en el misterio de Dios Uni-Trino. Cultivar relaciones fraternas a imagen de las relaciones intratrinitarias, apropiándose del don ajeno y entregando el propio, participando así las procesiones de generación y espiración activas y pasivas que la tradición eclesial reconoce en Dios. Es lograr sentir tan en uno a cada hermano o hermana -peregrino o ya en la patria- como el Padre lo está en el Hijo o el Hijo en el Padre, o estos en el Espíritu o el Espíritu en ellos (de acuerdo a las nociones clásicas de *perijoresis*, *circummissio* y *circummissio*). Esto fundamenta no sólo la comunión *ad intra*, sino también la solidaridad y el servicio *ad extra*, que manifiestan el alcance absoluto de las misiones del Hijo y del Espíritu “hasta los confines de la tierra” (cf. *Mt 28,19*), y tiende a generar estructuras de convivencia humanas análogas a las trinitarias que Dios participa.

Tanto la comunión como el servicio surgen de reconocerse (hijo/a de Dios) en el otro/a -y juntos partícipes de un mismo camino hacia la plenitud de Dios-; de modo análogo a como el Padre se reconoce en el Hijo -que es su imagen y sabiduría- y permanecen unidos en el mismo Espíritu que de ellos procede.

Desde este marco general, vivir la espiritualidad eclesial significa ser fiel a lo propio (= identidad) descubierto en lo diferente: al igual que las identidades (= propiedades) de las personas de la Trinidad surgen de las relaciones (podría permitirme llamarlas de “encuentro” más que de “oposición”), también las vocaciones eclesiales descubren su perfil propio en el encuentro, diálogo y comunión con las otras. No se comprende, por ejemplo, el ministerio sacerdotal sin referencia a la vida laical, ni ésta se realiza plenamente sin aquella. Tampoco se entiende la vida consagrada sin referencia a las vocaciones seculares, ni éstas acaban de percibir su horizonte escatológico sin aquellas.

Tampoco -podría continuar- se comprende en el seno de la Iglesia el hombre sin la mujer, ni ésta sin aquél, por más que los “machismos” y “feminismos” a veces arrecien en nuestros ambientes. De un modo diferente pero constante, en cualquier vocación el hombre se reconoce como tal al “espejarse” en la mujer y ésta cuando lo hace en aquél, generando esta experiencia siempre alguna forma de fecundidad que trasciende a uno/a y otro/a: en el caso del matrimonio, los hijos; y en el del celibato / virginidad, una más profunda vida en el Espíritu para la Iglesia.

Para meditar y orar:

- ¿Cuál es mi experiencia de Dios *en* la Iglesia?
- ¿Cómo me relaciono con las otras vocaciones eclesiales a partir de la mía?

- ¿Cómo me vinculo a los hombres y mujeres concretos de la Iglesia?

5. Vivir la Eucaristía

“Cada vez que coman este pan y beban de este cáliz, anuncian la muerte del Señor, hasta que venga” (1 Co 11,26)

La Eucaristía es celebración del memorial de Jesucristo, muerto y resucitado, ofrecido como Cordero de la nueva alianza en alimento para su pueblo -la Iglesia-; prefiguración de los bienes definitivos. Así, en la celebración eucarística se entrelazan el sacrificio, la presencia y el banquete. Es -por último- origen y plenitud de la liturgia, que a su vez es fuente y culmen de la vida cristiana. Por eso, la Eucaristía es plenitud de la vida profética del pueblo de Dios, y fundamento de comunión y servicio entre los hermanos y para el mundo.

1. Sacrificio

El antiguo pueblo de Dios realizaba sacrificios de diferentes tipos -de modo semejante a otros pueblos. *Sacrificios de expiación* por los pecados, *de propiciación* para que la oración llegue a Dios, y *de comunión* para renovar o ratificar la alianza. En el ciclo anual resaltaba el “chivo expiatorio” en la fiesta de la expiación, y los sacrificios carneros y toros en la de la purificación del Templo. Pero sobre todo el del Cordero pascual, que normalmente era comprado en el Templo y se consumía en familia. Su sangre se derramaba porque en ella estaba la vida y la vida era de Dios.

Jesús se convierte en el nuevo Cordero “que quita el pecado del mundo” (*Jn 1,29*). Se hace memorial de una nueva Pascua: ya no vinculada a la liberación de Egipto y al ingreso en la tierra prometida, sino a la remisión del pecado y a una vida nueva en Cristo -la de los hijos de Dios.

La *epístola a los Hebreos* dice: «Sacrificios y holocaustos por el pecado no quisiste, pero me formaste un cuerpo. Por eso dije: “Aquí estoy”» (*Hb 10,9*). Jesús reemplaza todos los anteriores sacrificios de la antigua alianza -ineficaces y tan solo prefiguradores del nuevo culto-, y se convierte en víctima de propiciación. En él somos justificados -y así es víctima de expiación- y por él entramos a un santuario no construido por manos humanas sino por Dios -y es, simultáneamente, víctima de comunión.

2. Memorial

Los sacrificios véterotestamentarios estaban vinculados a la celebración de un memorial. El memorial se fundaba en el recuerdo de los eventos salvíficos. Partían de la lectura de los libros de la Ley que rememoraban lo que Yahveh había hecho por su pueblo y apuntaban a que éste, “acordándose” (= *zjr*) de esos prodigios, renovara su compromiso de fidelidad.

Encontramos un modelo típico de memorial en *Ex 24,1-11*, donde la renovación de la alianza queda expresada en la sangre derramada sobre el altar y las piedras conmemorativas de las doce tribus. A su vez, esta renovación es precedida por una larga “purificación de la memoria” (cf. textos paralelos en *Dt*).

En la última cena Jesús dirá: “Hagan esto en memoria (conmemoración) mía” (*Lc 22,19*). Hacer memoria de Jesús será recordar y reproducir -siempre y de un modo existencial- su palabra y su vida. La eucaristía será actualización del misterio de Jesucristo en la vida de la comunidad y en la vida de cada miembro celebrante de la misma. No se hace verdadera memoria si no se

renueva en nosotros la Pascua de Jesús: su muerte y resurrección como pedagogía de la entrega y el servicio gozoso a los demás.

3. *Presencia*

La imagen véterotestamentaria de la presencia de Yahveh en medio del pueblo era la del arca de la Alianza. En ella se contenían los signos de su acción salvífica a favor de Israel: el maná con el cual lo había alimentado en su peregrinación por el desierto, la vara florecida de Aarón -síntesis de los prodigios que acompañaron esa peregrinación-, y las tablas de la Ley, labradas por el dedo de Dios en el Sinaí. A esta presencia fundamental se habían unido las presencias complementarias de Yahveh en la nube y el fuego: la primera para proteger a Israel del sol en el día, y el segundo para iluminar su caminar durante la noche -de modo que esa presencia era permanente: de día y de noche.

Estos modos de presencia se condensarán posteriormente -con el asentamiento en Palestina y el relativo esplendor en tiempos de David y Salomón- en el Templo de Jerusalén. Sobre éste descenderá la “gloria de Yahveh”, albergará el arca de la alianza en el “santo de los santos”, y será también iluminado -como en el desierto el arca- para la fiesta de su dedicación. Cuando el Templo sea destruido, la presencia de Yahveh pasará a identificarse con la lectura de la Ley en el culto sinagoga.

Cuando Jesús dice: “Esto es mi cuerpo”, está expresando presencia. El “cuerpo” manifiesta la “carne” asumida por la Palabra al hacerse hombre. Expresa su visibilidad, su cercanía, su compromiso irrevocable en favor de todos nosotros: “Se entrega por ustedes”. El “cuerpo” revela al sumo sacerdote, Templo y víctima de la nueva alianza.

La Eucaristía como presencia real y substancial de Dios en el cuerpo de Cristo -cuerpo y sangre, alma y divinidad del Hijo de Dios- expresa acercamiento y comunicación, habla de preocupación y solidaridad por el hombre. En ella, se revela el amor de Dios “hasta el fin” (cf. *Jn* 13,1 ss.).

No obstante, en la Eucaristía Dios parece también -y sobre todo- silenciarse y ocultarse más que manifestarse. Por eso cantamos “que la fe preste a los ojos la visión con qué mirar” (cf. *Tantum ergo*). El cuerpo puede ser controlado y manipulado: al ser la concreción de nuestro espacio humano histórico y situado es también nuestro límite. Pero Dios no puede ser controlado y manipulado en su “cuerpo”: Él es siempre más: venció las ataduras de la muerte que le infligieron en el “cuerpo” y manifestó su presencia gloriosa y trascendente; la del Señor “en quien somos, nos movemos y existimos”, uno de la Trinidad.

4. *Banquete*

La antigua pascua se celebraba con una comida: pan ácimo con hierbas, que acompañaban el cordero pascual y el vino, en señal de comunión. También las antiguas religiones celebraban banquetes sagrados: comer es entrar en comunión con la naturaleza (se ingieren frutos, animales y productos de ella), con la comunidad (no se come ni solo ni con los enemigos), con la divinidad (a quien simbólicamente se hace partícipe reservándole ciertos alimentos (especialmente la sangre derramada y la carne consumida en holocausto por el fuego).

Los evangelios sinópticos vinculan la institución de la eucaristía a la celebración de la pascua, en el clima de una cena. Los primeros cristianos llamaban a la eucaristía “fracción del pan”, y seguían celebrándola en el contexto de una cena. *Jn* 6 nos refiere el discurso del pan de vida -que incluye la multiplicación de los panes y tiene resonancias eucarísticas- en el contexto de una comida: “Yo soy el pan de vida”, “mi carne es verdadera comida” (cf. 6,35. 55-56).

Lo que Jesús quiere alimentar en nosotros cada vez que nos hace partícipes de ese “signo” -el banquete eucarístico- es nuestra vida agraciada y agradecida -en gratitud y gratitud- de hijos de Dios; nuestra existencia teologal y fraterna como familia; nuestra conciencia y vida como “cuerpo”: “Ustedes son el cuerpo de Cristo”, *1 Co 12,27*. En fin, nuestro amor y nuestra alegría.

El banquete en la Biblia es una realidad escatológica, por hacer referencia a los bienes definitivos del Reino. En efecto, Jesús lo compara muchas veces con una mesa de manjares a la que todos los hombres son invitados -los de la primera hora y los de después. La Eucaristía es anticipo sacramental de ese banquete servido por él y en él por el Padre y en el Espíritu para todos los pueblos de la tierra. Así, la noción de banquete nos invita a trabajar para que no haya más pobres Lázarus excluidos de la mesa del rico, y la fiesta del Reino pueda ser plena ya -al menos en cierto modo- desde ahora.

Para meditar y orar:

- ¿Cómo vivo la eucaristía?
- ¿Cómo resuena la celebración de la misma en mi vida diaria?
- ¿Cómo se ve transformada mi existencia por la celebración?

6. Vivir la reconciliación

“En Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo” (2 Co 5,19).

A veces podemos tener la impresión de que la “confesión” se convierte en una rutina que se hace -o no se hace- más o menos por inercia o costumbre, pero sin mayor significación en la propia vida ni transformación de las propias actitudes.

Esta impresión puede responder a diferentes factores: un clima cultural que no favorece la conciencia de pecado y por tanto propicia una cierta *acedia* espiritual; una celebración “mecánica” del sacramento sin una verdadera preparación previa; y sobre todo, la desvinculación de este sacramento del conjunto de la vida cristiana.

Pablo insiste: “En nombre de Cristo les suplicamos: ¡reconcíliense con Dios” (*2 Co 5,20*). La reconciliación -contexto en que encuentra su verdadera y máxima significación el sacramento en cuestión- es ante todo un don de Dios, vinculado al misterio de misericordia revelado y actuado por el Hijo de Dios, icono del Padre rico en misericordia. Misericordia que es simultáneamente unción del Espíritu que sana las heridas provocadas por el pecado, y expresada -según la patrística- en la imagen del aceite utilizado por el buen samaritano con el hombre que yacía al borde del camino.

Celebrar el sacramento de la reconciliación es abrirse a la gracia sanante, o más explícitamente, a esa autocomunicación de Dios que restaura el corazón herido por la transgresión y la ofensa, y que rehabilita al hijo/a de Dios para vivir como tal con el vestido nuevo de la santidad, el anillo de la dignidad, y las sandalias de la libertad (cf. *Lc 15,22*) correspondientes (de *congruo*) a quien gratuitamente recibe el abrazo paterno.

La confesión del propio pecado que se abre a esa posibilidad de misericordia -ya que reconoce su más radical fragilidad y limitación creatural- posibilita la actualización del misterio de la redención en el creyente individual: mediante este “segundo salvavidas”, en Cristo y por el Espíritu, Dios renueva la gracia bautismal, y revivifica el potencial santificador que irrevocablemente tenía el “carácter indeleble” de aquella primera “iluminación” o “baño bautismal”.

A su vez, la reconciliación tiene consecuencias sociales: “Así como por la desobediencia de un hombre todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno todos serán constituidos justos” (*Rm* 5,19). De modo contrario a como el pecado incide misteriosamente provocando un retroceso en la consumación del Reino (= misterio de iniquidad), la misericordia de Dios (= misterio de piedad) la anticipa. Si el pecado genera división, enfrentamiento y violencia en la familia humana, la reconciliación la une, hermana y pacifica.

Tal vez una revisión en profundidad de nuestras actitudes, y sobre todo de nuestros criterios valorativos decisivos (= introspección del corazón) pueda contribuir a una lectura más existencial de “gracia” y “pecado”, donde el reconocimiento del segundo se vea inspirado por la confianza que suscita la primera, y esto, en el dinamismo de un crecimiento hacia la plena estatura de los hijos/as de Dios.

Puede que estas consideraciones contribuyan a generar una resonancia más existencial al momento de confesar nuestros pecados en la presencia del ministro ordenado, lo cual no excluye -sino que debería suscitar- la petición de perdón a quien(es) más directamente pudieron verse afectado(s) por la propia contribución al misterio de iniquidad.

Para meditar y orar:

- ¿Me confieso seguido?
- ¿Hago una buena revisión de vida cuando lo hago?
- ¿Cuál es hoy mi experiencia de la misericordia de Dios?

7. Vivir en la esperanza

*“Un solo Cuerpo y un solo Espíritu,
como una es la esperanza a la que han sido llamados” (Ef 4,4).*

Hoy son muchas las causas e indicadores de desánimo y desesperanza que marcan la vida de los hombres, especialmente si nos atenemos a la situación socio-económica e histórico-cultural por la que atraviesa nuestro país. Recesión y desempleo, corrupción e impunidad, ajustes e inseguridad bancaria, crisis de los modelos político y económico, cambio de imaginario socio-cultural, falta de credibilidad y representatividad en la clase dirigente, escepticismo de cara al futuro.

Si miramos bien, nuestra experiencia como argentinos no es tan diferente de la de Israel durante el destierro. Y sin embargo, el gran profeta del final de este período termina siendo el segundo Isaías, que anuncia “algo nuevo”, y lo hace con optimismo y entusiasmo (cf. *Is* 40,1 ss.). Estas palabras que invitan a “preparar el camino del Señor” las asumirá Juan Bautista para disponer a sus discípulos a la venida de Jesús.

La esperanza cristiana tiene como punto de apoyo absoluto la promesa del Señor: “Yo estoy con ustedes hasta el fin del mundo” (*Mt* 28,20). Vinculada a esta presencia está la promesa de Aquél que es “el mismo ayer, hoy y para siempre” (*Hb* 13,8): “Vengo pronto” (*Ap* 22,20). La esperanza del creyente está anclada en esta expectativa que él procura mantener en actitud vigilante, incluso “contra toda esperanza” (*Rm* 4,18), en un compromiso con las realidades cotidianas en el cual su empeño no se identifica con ambiciones meramente históricas, y donde - a su vez- el horizonte último de su peregrinación no desestima (ni olvida, sino que por el contrario procura concretar) su servicio a los hombres “concretos, históricos y reales” (*Redentor del hombre*, 13).

La esperanza cristiana posibilita que tanto el creyente individual como la misma Iglesia en su conjunto camine “entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios, anunciando la

cruz y la muerte del Señor, hasta que El venga (cf. *1 Co 11,26*)” (*Constitución sobre la Iglesia*, 8), con paso firme y fortaleza de ánimo, sin deprimirse por la oscuridad con que generalmente maduran las semillas del Reino, ni ilusionarse con aparentes plenitudes momentáneas. La esperanza del hombre y mujer de fe (y de la Iglesia) respeta el realismo dialéctico de la historia, en la cual Dios “ya” se revela y entrega, pero “todavía no” de un modo acabado y completo. A su vez, acepta la perfectibilidad de todo lo humano, llamado a una continua y progresiva autotranscendencia teocéntrica, tanto en sus dimensiones individuales y personales, como sociales y estructurales; tanto las que hacen a las realidades seculares de este mundo, como las específicamente eclesiales.

Ésta es la esperanza que debemos mantener hoy sin claudicar ni bajar los brazos; la única que puede alumbrar sentido en medio de tanto desconcierto, desaliento, sinsentido y frustración. Ésta es la esperanza que revela la “Buena Nueva”. Pienso que el motor último de esta actitud existencial abierta a “lo posible inédito” es la oración: sólo quien hace experiencia de este específico modo humano-espiritual de religación personal (eclesial y universal) con el destino trascendente que la “creación nueva” tiene en Dios es capaz de esperar. Porque la oración supone una actitud humilde y amante, adorante y paciente para poder escuchar lo que en medio de la ráfaga del mundo parece inaudible: la vida de la Trinidad en el corazón de los hombres (y su historia) como Palabra y Amor absolutos.

Para meditar y orar:

- ¿Cuáles son las situaciones que generalmente más me desaniman y por qué?
- ¿En qué sentido la fe me permite anclar de un modo más sereno mi vida en Dios?
- ¿Oro con confianza y sin desfallecer?

8. Vivir en el amor

“El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado” (Rm 5,5).

No sé si hay una palabra más usada y tergiversada, pronunciada y devaluada que la palabra *amor*. Ya los antiguos filósofos tuvieron que reconocer matices y posibilidades muy diferentes en torno a los vocablos *eros* (=amor de concupiscencia), *filao* (= amor de amistad), *stergo* (= amor familiar) y *ágape* (= amor oblativo).

Frente a las actuales manifestaciones de “amor evanescente”, fugaz como flor de un día tanto en sus propósitos como en sus reales compromisos, el creyente descubre en Cristo la revelación del más pleno y posible amor: el de un Dios que en su *Logos* se hizo carne (cf. *Jn 1,14*), “probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado” (*Hb 4,15*), que nos participa en el Espíritu el amor que recibe del Padre para que amemos como Él: “Si guardan mis mandamientos, permanecerán en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. Les he dicho esto, para que mi gozo esté en ustedes, y su gozo sea perfecto. Este es mi mandamiento: que se amen los unos a los otros como yo los he amado” (*Jn 15,10-12*).

Este amor es consumado “hasta el extremo” (*Jn 13,1 ss.*) con el servicio más decisivo y posible de imaginar que es el de su propia pascua. *Jesucristo crucificado* es la máxima entrega de Dios al hombre, pero simultáneamente del hombre a Dios; como así también la revelación acabada de la autodonación del Hijo al Padre. *Resucitado*, es la máxima respuesta de Dios al hombre, del Padre al Hijo y a los hombres; que a su vez posibilita mediante el Espíritu una inclusión del universo y del hombre en la vida de Dios-Amor: de ahí que “quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es Amor” (*1 Jn 4,8*).

Así, por su corazón abierto (= muerte) y su aparición gloriosa (= resurrección), el amor redimensiona los estrechos horizontes de este mundo y en particular los del hombre y los pueblos. Gracias al misterio pascual, cada representante del género humano es *capax Dei* (=capaz de Dios), y su destino eterno queda escondido con Cristo en Dios (cf. *Col* 3,3). Creyendo en el amor ya tiene vida eterna (cf. *Jn* 3,36; 5,24; 6,47), y participa de un nuevo modo de vinculación con la realidad y los/as hermanos/as: un simbólico-sacramental, desde el corazón de Dios (porque el corazón *en-amorado* “ve [con *entusiasmo*]² a Dios en todas las cosas”).

Ese corazón de Dios tiene un rostro muy preciso: el de Jesús. Así, el corazón de Jesús se convierte en expresión central y condensada de la humanidad amante de Cristo, hipostasiada en la segunda persona de la Trinidad, centro óntico-existencial de un nuevo modo de subsistencia en Dios. Cuando este nuevo modo de subsistencia (y existencia) en Dios se hace explícito a la psicología creyente, se comprende que todo lo del Padre sea nuestro (cf. *Lc* 15,31) y que el gozo pueda ser perfecto (cf. *Jn* 15,12).

Desde el corazón pascual de Cristo, el hombre y la mujer son nuevas criaturas, y ya no son ellos, sino Cristo en ellos (cf. *Ga* 2,20). De este modo, Cristo ama en aquel (= aquella) cuya vida se ha unido y transfigurado en la suya, y ese acto de amor se inscribe en aquel más eterno y definitivo con que el Hijo es amado por el Padre y Éste ama al Hijo en un mismo Espíritu (cf. *Jn* 14,12 ss.).

En este corazón alcanza plenitud la Iglesia-Esposa -particularmente en la figura de María (*Constitución sobre la “Iglesia”,* 65), Nueva Eva unida al Nuevo Adán, imagen de la Mujer-Nueva Jerusalén desposada con el Cordero (*Ap* 19,7)-; en él todos los hombres de todas las razas y lenguas son convocados para el banquete del Reino y para el cántico nuevo de la alabanza escatológica (cf. *Ap* 7,9 ss.; 15,1 ss.). Así, en el amor de este corazón se condensa, asume y recapitula todo lo que de noble y bueno el género humano fue viviendo y haciendo en su quehacer histórico-cultural: en él da también a luz la creación entera que sufría dolores de parto hasta la plena manifestación de los hijos de Dios (cf. *Rm* 8,22).

Para meditar y orar:

- ¿Qué evolución he notado en mi capacidad de amar? ¿Es hoy lo suficientemente incluyente para todo el que me necesita?
- ¿Estoy convencido que el verdadero amor es un don en el corazón del creyente que hay que pedir con insistencia y secundar con generosidad?
- La imagen del corazón de Jesús, ¿me ayuda a unificar existencialmente una vida en el amor?

² Entusiasmo: del griego *en-Theos-estin*, que significa ‘estar en Dios’.